

qual, como si la naturaleza se complaciese en contradicciones, presentaba la miseria exterior de los avaros, proporcionada en general á sus ocultos tesoros. En vez de la voluptuosa perspectiva de la Vega, solo contenia sierras de empinadas estériles montañas, apenas vestidas de lúgubres y solitarios pinos. Y los árboles de los valles, lejos de poseer la rica frondosidad de los de otras partes de la isla, eran débiles y enanos, á no ser los que por acaso crecian á las márgenes de los rios. Hasta el nombre del pais indicaba la naturaleza del suelo; pues Cibao, en la lengua india significa una piedra. Pero todavía algunos recesos de las montañas y humbrosas aberturas de los valles, regados por cristalinos arroyos, presentaban con su verdura y giros de arboledas mas agradable vista por la esterilidad que las rodeaba. Lo que sirvió, empero, á los españoles de consuelo por la aspereza de la tierra, fue observar las partículas de oro que relucian entre las arenas de aquellas cristalinas corrientes, que aunque en cortas cantidades, se miraban como anuncios de las que en sí encerraban las montañas.

Los naturales que ya habian recibido la visita de Ojeda, vinieron á felicitar á los soldados con mucha alegría, trayéndoles comestibles, y sobre todo, granos y partículas de oro que habian juntado en los remansos de arroyos y torrentes, viendo con cuánto afán buscaban los españoles aquel metal. Por las arenas de oro que brillaban en todas las corrientes, conjeturó Colon que habria muchas minas en las cercanías. Se hallaron tambien muestras de ámbar y lapis-lázuli, aunque en pequeñas cantidades, y creyó Colon haber descubierto una mina de cobre. Se hallaba en el entretanto á diez y ocho leguas de su colonia; y la áspera naturaleza de las montañas hacia la comunicacion difícil. Abandonó pues la idea de penetrar en el pais, y determinó establecer un fuerte en las inmediaciones con guarnicion suficiente, para labrar las minas, y explorar el resto de la provincia. Eligió para ello una agradable eminencia, rodeada casi enteramente por el rio Janique, cuyas aguas eran tan puras como si estuvieran destiladas, y el suave murmullo de su corriente armonioso al oido. En su lecho se hallaban raras piedras de varios colores, grandes masas de precioso mármol, y piedras de exquisito jaspe. De las faldas de la colina se extendia una de aquellas graciosas y verdes llanuras, llamadas sábanas por los indios, refrescada y fertilizada por el rio.

Aquí fue donde mandó erigir Colon una fortificacion de madero, capaz de resistir cualquier ataque de los indios, y protegida por un profundo foso en el lado en que el rio no la garantia. Le dió al fuerte el nombre de Santo Tomás, como agradable y piadoso chiste, reprobando la incredulidad de Fernin Cado y sus escépticos adherentes, que rehusaban con obstinacion creer que produjese oro la isla, hasta verlo con sus ojos y tocarlo con sus manos.

Habiendo sabido los indios la llegada de los españoles á su pais, vinieron á bandadas de varias partes, deseosos de obtener bagatelas europeas. El Almirante les significó que les daria lo que quisiesen en cambio de oro; oyendo lo cual muchos de ellos, corrieron al rio inmediato, y juntando y escogiendo en sus arenas, volvieron al poco tiempo con cantidades considerables de oro en polvo. Un anciano trajo dos pepitas de oro virgen que pesaban una onza, y se creyó espléndidamente pagado al recibir por ellas un cascabel. Y como viese que admiraba el Almirante su tamaño, afectó tratarlas con desprecio, como insignificantes, diciendo por señas, que en su pais, que solo distaba medio dia de camino, se hallaban piezas de oro como naranjas de grandes. Otros indios trajeron granos de diez y doce dracmas; y aseguraban, que en el pais adonde los habian adquirido, se hallaban masas de mineral tan grandes como cabezas de muchachos.

Mas como de ordinario sucede, se hallaban aquellos sitios dorados en algun remoto valle, ó pedregosa y oculta corriente; y el mas rico punto cada vez á mayor distancia; porque la tierra de promision está siempre del otro lado de los montes.

#### CAPITULO X.

ESCURSION DE JUAN DE LUJAN POR LAS MONTAÑAS. — COSTUMBRES Y CARACTERES DE LOS NATURALES. — VUELVE COLON A ISABELA.

(1494.)

En tanto que el Almirante permanecia en las montañas inspeccionando la construccion de la fortaleza, fue un caballero jóven de Madrid, llamado Juan de Lujan, con una pequeña partida á explorar la provincia toda, la que, segun los informes de los indios, debia ser igual en extension al reino de Portugal. Volvió Lujan despues de algunos dias, dando la relacion mas satisfactoria de su viaje. Habia atravesado gran parte de Cibao, pais mas capaz de cultura que se creyó al principio. Era generalmente montañoso, y cubierto de pedrezuelas azules, pero tenia buenos pastos en algunos valles. Tambien las montañas, humedecidas por frecuentes aguaceros, producian yerba de viva y robusta vegetacion, que llegaba con frecuencia á las sillas de los caballos. Las florestas le parecian á Lujan llenas de especias, habiéndolo engañado el olor de las yerbas y plantas aromáticas que abundan en los bosques de los trópicos. Se veian preparar grandes vides hasta las cimas de los árboles, cargadas de racimos ya maduros, llenos de jugo, y de agradable gusto. Cada valle ó llano tenia sus corrientes grandes ó chicas, segun la corpulencia de la vecina montaña, y todos daban mas ó menos oro en partículas, mostrando lo comun de aquel precioso metal. Se suponía, que hubiese aprendido Lujan de los indios muchos de los secretos de sus montañas, y visitado los sitios donde se hallaban los mas ricos minerales y las corrientes mas abundantes en oro. Pero en todos estos puntos observó un discreto misterio, comunicando las particularidades solo al Almirante.

Casi acabada la fortaleza de Santo Tomás, dió Colon su mando á Pedro Margarite, el mismo caballero que habia recomendado antes al favor de los soberanos; dejándole una guarnicion de cincuenta y seis hombres. Luego emprendió su regreso á la Isabela. Al llegar á las márgenes de Rio Verde en la Vega Real, se encontró á los españoles que traian provisiones para el fuerte. Por esto se detuvo algunos dias por aquellos sitios, buscando el mejor vado del rio, y estableciendo un camino del puerto á la fortaleza. Pasó este tiempo en los lugares indios, esforzándose en acostumbrar sus gentes á los alimentos de las del pais; y en inspirar á estas un sentimiento de reverente afecto hácia los blancos.

Del informe de Lujan dedujo Colon algunas nociones respecto al carácter y costumbre de los naturales, con las cuales se familiarizó aun mas el tiempo que vivió entre las tribus de las montañas y la llanura. Puede ser aquí interesante una breve noticia de varias costumbres características que no se tomará solo de las observaciones que hicieron en este viaje el Almirante y sus oficiales, sino de los recuerdos que dió posteriormente la indigesta disertacion de un fraile llamado Roman, pobre hermitaño del orden de los hieronimitas, como él mismo se titula, colega del padre Boil, y misionero por mucho tiempo en la Vega.

Colon habia ya descubierto el error de una de las opiniones formadas en el primer viaje, sobre aquellos isleños. No eran tan pacíficos, ni tan ignorantes del arte de la guerra como se figuró á primera vista. Le engañaron en este juicio su propio entusiasmo, y la suavidad de Guacanagarí y de sus súbditos. Las ca-

suales invasiones de los caribes obligaron á los habitantes á emprender el manejo de las armas. Las tribus montañosas de las costas, especialmente de las que miraban hácia las islas caribes, eran de carácter mas recio y beligeró que las de las llanuras. Caonabo, el caudillo caribe, habia introducido algo de su espíritu guerrero en el centro de la isla. Pero, generalmente hablando, las costumbres de aquellos isleños parecian templadas y suaves. Las guerras entre ellos, si alguna vez ocurrían, eran cortas y no acompañadas de grande efusion de sangre. Por lo comun se mezclaban unos con otros amistosamente.

Colon se habia tambien lisonjeado con la equivocacion de que los naturales de Hayti estaban destituidos de toda idea religiosa, creyendo que seria por lo tanto fácil, introducir en sus ánimos las doctrinas de la cristiandad, porque sin duda ignoraba que es mas dificultoso encender el fuego de la devocion en el pecho helado de un ateo, que dirigir su llama hácia otro nuevo objeto, despues que ya está encendida. Pocos seres hay empero de tan menguada inteligencia, que no sientan en sí mismos la conviccion de una deidad gobernadora. Jamas ha existido una nacion de ateos. Pronto se descubrió, pues, que tenian los isleños su religion, aunque de vaga y sencilla naturaleza. Creian en un númen supremo, que habitaba los cielos, era inmortal, omnipotente é invisible; le suponían un origen determinado, dándole madre, pero no padre. Nunca usaban de culto directo, sino que se valian como mensajeras de otras deidades inferiores llamadas zemis. Cada cacique poseia su dios tutelar de este orden, á quien invocaba y fingia consultar en sus empresas públicas, y á quien todos sus súbditos reverenciaban. Tenian casas aparte, como templos de estas deidades, en que habia imágenes de los zemis talladas en madera ó piedra, ó hechas de barro, y generalmente de monstruosa y repugnante forma. Cada familia y cada individuo tenia tambien su zemi particular ó genio protector, como los Lares y Penates de los antiguos. Los ponian por toda la casa, ó en sus muebles; algunos eran de pequeño tamaño, y se los ceñian los indios á la frente cuando iban á la guerra. Creian que fuesen trasfribles los zemis con todo su poder, y frecuentemente se los robaban unos á otros. Cuando se presentaban los españoles entre ellos, escondian los ídolos, porque no se los llevasen. Imaginaban que todos los objetos de la naturaleza estuviesen presididos por los zemis, de los cuales cada uno tenia un encargo ó gobierno especial. Influian en las estaciones y los elementos, causaban la abundancia ó esterilidad de los años, desataban los huracanes y torbellinos, las tempestades y el trueno, las suaves y templadas brisas, y las fructíferas lluvias. Gobernaban las mares y las selvas, las manantiales y las fuentes, como las Nereidas, las Driadas y Sátiros de la antigüedad. Distribuian la fortuna en la caza y pesca, conducian las aguas de las montañas por seguros cauces á discurrir pacíficamente las llanuras en alegres arroyuelos, ó mañosos y caudalosos rios; pero en su enojo las hacian tambien precipitarse en indomables torrentes é inundaciones, devastando con ellas los valles y praderías.

Tenian tambien los indios sus bucios, ó sacerdotes, que pretendian comunicarse con los zemis. Practicaban estos rigorosos ayunos y abluciones, y aspiraban el polvo, ó bebían la infusion de cierta yerba que les producía embriaguez y delirio. Con tales procedimientos sufrían, segun ellos, trances y visiones, en que los zemis les revelaban los sucesos futuros, ó los instruían en la cura de las enfermedades. Eran generalmente grandes herbolarios, y muy instruidos en las propiedades medicinales de los árboles y las plantas; curaban las enfermedades usando de algunos simples, y de muchos ritos y ceremonias misteriosas,

que suponían fuesen hechizos, cantaban y quemaban teas en el cuarto del paciente, y pretendían exorcisar la enfermedad, expelerla de la habitacion, y lanzarla al mar ó á las montañas.

Llevaban el cuerpo pintado de figuras de los zemis, que miraban con horror los españoles, como otras tantas representaciones del demonio; y los bucios, estimados como santos por los naturales, eran aborrecidos por los europeos como nigromantes. Asistian estos sacerdotes frecuentemente á los caciques, en la práctica de engañar á sus súbditos, pronunciando oráculos al traves de los zemis, por medio de tubos vacíos; inspirando á los indios valor guerrero con la prediccion del buen éxito ó prometiéndoles lo que el caudillo deseaba, ó atemorizándolos con amenazas.

Solo se conserva recuerdo de una de sus principales ceremonias religiosas. El cacique señalaba dia para celebrar una especie de festividad en honor de su zemi. Acudian los indios de todas partes, y formaban una procesion solemne; los padres se decoraban con los mas preciosos ornamentos que poseían; las vírgenes iban enteramente en cueros. El cacique ó el principal personaje marchaba á la cabeza, tocando una especie de tambor. Así continuaban hasta la casa sagrada, en que estaban las imágenes de los zemis. Llegados á la puerta, se sentaba fuera de ella el cacique, y seguía tocando su tambor mientras la procesion entraba, llevando las hembras cestas de tortas adornadas de flores, y marchando al son de su propio canto. Recibían los bucios los presentes con descompasados gritos ó alaridos. Quebraban las tortas despues de ofrecidas á los zemis, y repartían los pedazos entre las cabezas de familia, que los conservaban cuidadosamente todo el año como impedimentos de adversos accidentes. Hecho esto, se adelantaban les mujeres á cierta señal, cantando himnos en honor de los zemis, ó en prez de las heróicas hazañas de sus antiguos caciques. Toda la ceremonia concluía con una invocacion á los zemis, pidiéndoles que vigilaran por la patria y la protegieran.

Ademas de los zemis tenia cada cacique tres ídolos ó talismanes, que no eran otra cosa que meros pedazos de piedra, muy venerados por ellos y sus súbditos. Al uno atribuían el poder de producir abundantes cosechas; al otro el de quitar los dolores del parto; y al tercero el de traer el sol ó la lluvia, segun se necesitaba. Colon envió tres de ellos á los soberanos.

Las ideas de los indios respecto á la creacion eran vagas é indefinidas. Daban á su isla de Hayti prioridad de existencia sobre todas las otras; y creian que el sol y la luna habian salido originalmente de una caverna de la isla, para dar luz al mundo. Esta caverna existe todavía á siete ú ocho leguas de cabo Francois. Tiene ciento cincuenta pies de longitud, y casi lo mismo de altura; pero es muy estrecha. No recibe mas luz que la de la entrada, y de un agujero redondo del techo, por donde dicen que salieron el sol y la luna á tomar su lugar en los cielos. La bóveda es tan regular y proporcionada, que mas bien parece obra del arte que de la naturaleza. En tiempo de Charlevoix se veían aun entalladas en las rocas las figuras de varios zemis, y los restos de nichos para recibir estatuas. Esta caverna era tenida en grande veneracion. Estaba pintada, y adornada con ramos verdes y otras decoraciones sencillas. Había en ella dos imágenes ó zemis. Cuando se necesitaba lluvia, iban los indios en peregrinacion allí, cantando y bailando, y llevándoles ofrendas de frutos y flores.

Creian que salió el género humano de otra caverna; los hombres corpulentos por una abertura, y los pequeños por un agujerillo. Vivieron mucho tiempo sin hembras; pero vagando en una ocasion cerca de un lago, vieron ciertos animales por las ramas de los

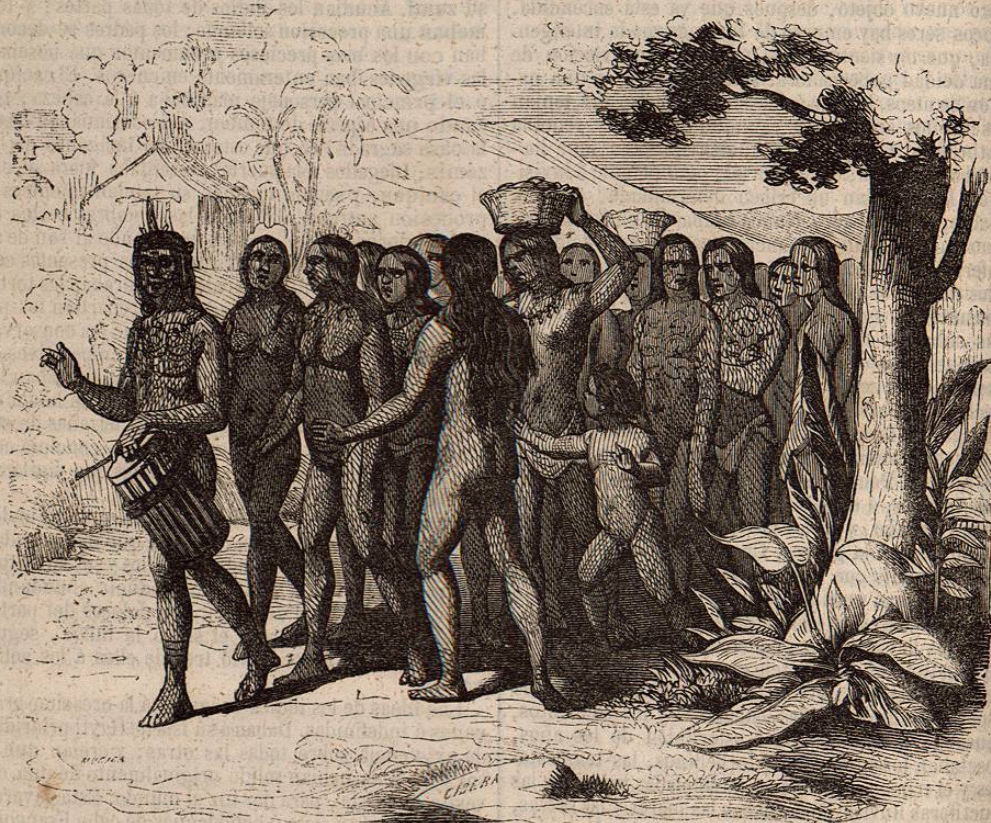


árboles, que se supo despues ser mujeres. Al querer cogerlas se les escurrian como las anguilas, de modo que no fue posible retener ninguna. Al fin emplearon en aquella singular caza unos hombres cuyas manos habia puesto muy ásperas la lepra. Estos pudieron asegurar cuatro de aquellas hembras resbaladizas, con quienes se pobló el mundo.

Mientras habitaban los hombres la caverna; solo se atrevian á salir de ella por la noche; porque la vista del sol les era fatal, y los convertia en árboles ó en piedras. Hubo un cacique, llamado Vaganiona, que envió á uno de sus súbditos á pescar fuera de la caverna, y habiéndose detenido este hasta despues que salió el sol, se convirtió en aquel pájaro de melodioso canto que equivocaba Colon con el ruiseñor.

Añadian que todos los años, por el tiempo que sufrió la transformacion, venia por la noche á lamentar su desgracia con dolorosos trinos, causa por la que siempre aquel pájaro canta de noche.

Así como las mas de las naciones salvajes, tenian tambien su tradicion del diluvio universal, tan fantástica como las que preceden; y es de advertir, que siempre el ingenio humano, en su natural estado, se inclina á explicar los grandes sucesos por medio de causas pueriles y familiares. Decian, pues, que habia vivido una vez en la isla un poderoso cacique, el cual mató á su único hijo por haber conspirado contra él. Despues juntó y limpió sus huesos, y los puso en una calabaza para conservarlos, como se acostumbraba hacer con las reliquias de los parientes. Mas adelante



Fiesta religiosa de cada cacique en honor de su zemi.

el cacique y su mujer abrieron un dia la calabaza para contemplar los huesos del hijo, y vieron con sorpresa salir de ella muchos peces grandes y pequeños. El cacique cerró la calabaza al instante, y la puso encima de su casa, y empezó á vanagloriarse de que tenia la mar encerrada en ella, y que podia comer pescado cuando quisiese. Cuatro hermanos mellizos y curiosos, habiendo oido hablar de la tal calabaza, vinieron en ausencia del cacique á ver lo que contenia. La dejaron caer al suelo por descuido, y habiéndose hecho pedazos, salió de ella un poderosísimo torrente, con delfines, tiburones, y mucha abundancia de ballenas; y se extendió el agua hasta anegar la tierra, y formar el Océano, dejando solo las cumbres de las montañas descubiertas, que son las llamadas islas.

Su modo de tratar los muertos y los agonizantes

era singular. Cuando se desesperaba de la vida del cacique, le ahogaban por respeto para que no muriese como las gentes vulgares. A estas se las extendia en sus hamacas, poniéndoles á la cabecera pan y agua, y abandonándolas para que muriesen en soledad. A veces las llevaban delante del cacique, y las ahogaban si este lo permitia. Despues de muerto se abria el cuerpo del cacique, se secaba al fuego, y se conservaba; de otros solo guardaban por memoria la cabeza ó algun miembro. A veces se enterraba todo el cuerpo en una caverna, con una calabaza de agua y un pan; otras lo quemaban en la casa del difunto.

Tenian confusas nociones de la existencia del alma, separada de la carne. Creian que se apareciesen los espíritus de los muertos por las noches, ó de dia en lugares retirados, ó á solitarios individuos; á veces se presentaban con aire amenazador, pero si les pega-

ba el viajero se desvanecian, y observaba este que solo habia herido las rocas ó los árboles. Acostumbraban tambien mezclarse con los vivientes; mas se diferenciaban de estos, en que no tenian ombligos. Los indios, temerosos de encontrar aquellas apariciones, repugnaban ir solos á sitios oscuros. Tenian ideas de un lugar de recompensa, adonde iban despues de la muerte los espíritus de los hombres buenos á reunirse á los de aquellos que mas habian amado en vida, y á los de todos sus ascendientes. Allí gozaban, sin interrupcion y en su perfeccion verdadera todos los placeres que constituian su felicidad en la tierra. Vagaban por umbrosos y fructíferos bosques en compañía de vírgenes muy hermosas, con quienes tenian banquetes de esquisitos frutos. El paraíso de aquellos bienaventurados se situaba diversamente, y cada tribu le señalaba algun lugar favorito de su provincia nativa. Muchos, empero, se convenian en pintar esta

region, como establecida cerca de un lago en la parte occidental de la isla, en la bella provincia de Jaragua. Allí habia deliciosos valles cubiertos de un delicado fruto llamado el *mamey*, del tamaño de un melocoton. Imaginaban que se mantenian ocultas las almas de los muertos todo el dia por entre las altas é inaccesibles cúspides de las montañas, y bajaban por las noches á los valles para regalarse con aquel sagrado fruto. Los vivos se abstienen por lo tanto de comerlo, no fuese que las almas de sus parientes padeciesen por falta de alimento.

Los bailes, á que parecian los indios en extremo aficionados, y que consideraban al principio los españoles como mero pasatiempo, se vió despues que eran ceremonias de religioso carácter. La danza forma, en efecto, parte singular y característica de todas las costumbres de los indigenas del Nuevo-Mundo. En ellas están ejemplificados, por signos bien conocidos



Idolos encontrados en las Antillas.

á los iniciados, ó de otro modo, por acciones heroicas, sus fastos históricos, sus proyectadas empresas, sus cacerías, emboscadas y batallas, pareciéndose bajo algunos puntos de vista á la danza Pírrica de los antiguos. Hablando de lo generales que eran estos bailes entre los indios de Hayti, dice Pedro Mártir, «que los ejecutaban al son de ciertos metros y romances que descendian de generacion en generacion, y en que se recitaban las proezas de sus antepasados. Estas rimas ó romances, añade, se llaman «areytos; y como nuestros músicos están acostumbrados á cantar al arpa y al laud, ellos del mismo modo cantan sus cantares y danzan á la música de ellos, tocando panderos hechos de conchas de peces. A estos panderos les llaman *maguey*. Tienen tambien canciones y romances amorosos, y otros de luto y lamentacion, y tambien para animarse en la guerra, todos cantados con músicas propias del asunto.» Para estos bailes, como ya se ha dicho, deseaban con tanto ahinco los cascabeles que se suspendian en el cuerpo, y armonizaban con las cadencias de los cantores. Este modo de bailar al compas de los romances se ha comparado á los bailes de verano de

los labradores flamencos, y á los que se usan en España al son de las castañetas, y romances que se dicen moriscos, los cuales existian, empero, antes de la dominacion de los moros, entre los godos que habitaban la península.

La historia primitiva de casi todas las naciones se ha conservado en las rimas y romances heroicos de bardos y trovadores; y así sucedia con los areytos de los indios. «Cuando moria un cacique, dice Oviedo, cantaban en lúgubres notas su vida y acciones, y recordaban todo el bien que habia hecho. Así formaron los romances ó areytos, que constituian su historia.» Algunos de ellos eran de carácter sagrado, y explicaban sus nociones tradicionales de teología, y las fábulas y supersticiones de su creencia religiosa. Pero estos no se les permitian cantar á otros que á los hijos de los caciques, instruidos en el modo de hacerlo por los bucios. Se entonaban delante del pueblo en las festividades solemnes, acompañados por un tamboril de madera hueca.

Tales son algunas de las particularidades de aquel pueblo sencillo, esterminado de la tierra antes que se creyese que merecian sus costumbres y creencia in-



vestigación ni exámen. La obra presente no tiene por objeto entrar en circunstanciadas relaciones de los países y gentes descubiertas por Colon, sino en cuanto estas puedan ser útiles á la ilustración de su historia; quizá las precedentes se han extendido mas de lo necesario, pero servirán siempre para dar interes y claridad á las transacciones posteriores de la isla.

Muchos de los expresados pormenores los observaron, como ya se ha dicho, el Almirante y sus oficiales en la escursión que hicieron á las montañas, y durante su residencia en la llanura. Los naturales les parecían una raza singularmente inerte é indiferente á los mas de los objetos del humano trabajo y codicia. Les incomodaba toda labor, y apenas se tomaban la molestia de cultivar la yuca, el maíz y la patata, artículos principales de su subsistencia. Pero abundaban sus aguas en peces; cogían fácilmente la utia, el guanaco y varias aves; y tenían opíparo banquete en los frutos que espontáneamente les daban sus arboledas. Aunque el aire era á veces frio en las montañas, preferían sufrirlo á tener ropas del algodón que abundaba en las florestas. Así pasaban su existencia en inactiva pereza sentados á la sombra de los árboles, ó divirtiéndose en juegos y danzas.

En efecto, estaban destituidos de los poderosos motivos que conducen al trabajo, pues carecían de las mas de las necesidades que fuerzan á los hombres en la vida civilizada, ó en menos templados climas, á una fatiga incesante. No tenían crudo invierno contra que proveerse, especialmente en los valles y llanuras, donde, según Pedro Mártir, «la isla gozaba perpetua primavera, y continuo verano y cosechas. Los árboles conservaban todo el año sus hojas, y los prados sus verdes yerbas. No hay allí provincia ni region, añade, que no sea notable por la magestad de sus montañas, por lo fructífero de sus valles, lo agradable de sus colinas, y lo delicioso de sus llanuras, con abundancia de hermosos rios que las atraviesan. No se han hallado en ella animales dañinos, ni cuadrúpedos carnívoros, ni leones, ni osos, ni fieros tigres, ni astutas zorras, ni lobos devoradores, sino todo venturoso y afortunado.»

A las suaves regiones de la Vega llevaban las sucesivas estaciones cada una su fruto; y mientras se recogían los maduros, otros que se iban ya sazonzando por las ramas, y los botones y flores de que se hallaban estas cubiertas, prometían y aseguraban la futura abundancia. ¿Qué necesidad tenían, pues, de almacenar y proveer ansiosamente para lo venidero hombres que vivían en cosecha perpetua? ¿Qué necesidad de hilar y urdir penosamente en los telares, cuando reinaba todo el año una temperatura clemente, y ni la naturaleza, ni las costumbres les imponían la obligación de cubrir sus carnes?

La hospitalidad peculiar á gentes que gozan tan sencilla existencia, la experimentaron Colon y sus compañeros mientras estuvieron en la Vega. Adonde quiera que iban, hallaban escenas de no interrumpida festividad y regocijo. Se apresuraban de todas partes los indios á recibirlos con ofrendas, poniendo los tesoros de sus arboledas, de sus montañas y corrientes á los pies de aquellos hombres que creían aun bajados de los cielos para traer la felicidad á su isla.

Cumplido el objeto de su residencia en la Vega, se despidió Colon al cabo de algunos dias de sus benévolo habitantes, y continuó la marcha para el puerto, volviendo con su reducido ejército por las elevadas y breñosas gargantas del paso de los Hidalgos. Al acompañarle la imaginación por aquella ríscosa altura, desde donde la vez primera se apareció la Vega á los ojos de los europeos, no puede menos de dirigir una mirada de lastimosa admiración á tan bellas regiones. El sueño dulcísimo de la libertad natural, de la tranquila ignorancia, de la ociosidad vaga y agradable, aun no se habia interrumpido; pero estaba ya

pronunciado el fatal *fiat*: los blancos habian penetrado en sus tierras; la avaricia, la ambición, el orgullo, los cuidados consumidores, el trabajo sórdido, iban á seguirlos de cerca, y el indolente paraíso del indio á desaparecer para siempre.

#### CAPITULO XI.

LLEGADA DE COLON A ISABELA. — ENFERMEDADES EN LA COLONIA.

(1494.)

El 29 de marzo aportó Colon á Isabela, en extremo satisfecho de su expedición al interior de la isla. La apariencia de todos los objetos vecinos al puerto aumentó sus esperanzas de prosperidad futura. Las semillas de varios frutos habian ya producido plantas; la caña dulce prosperaba maravillosamente; una viña indiana, cultivada á la europea, habia dado racimos de mediano gusto; y los vástagos de las viñas españolas empezaban á formar los suyos. El 30 de marzo le trajo á Colon un labrador espigas de trigo sembrado al fin de enero. Las hortalizas pequeñas llegaban á sazón en diez y seis dias; y los frutos mayores, tales como calabazas, pepinos y melones, podían servirse á la mesa un mes despues de haber puesto en la tierra sus semillas. El suelo, humedecido por arroyos, rios y frecuentes lluvias, y estimulado por un sol ardiente, poseía aquellos principios políficos que sorprenden con la prontitud y prodigalidad de su vegetación, á los extrangeros acostumbrados á vivir en climas menos fértiles.

Apenas habia vuelto el Almirante á Isabela, cuando llegó un mensajero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomás, dándole parte de que los indios de las cercanías habian manifestado sentimientos hostiles, abandonando sus lugares, y evitando todo trato con los blancos; y que Caonabo juntaba secretamente sus guerreros, y hacia preparativos para atacar la fortaleza. El hecho era que, así que hubo partido el Almirante, cuando los españoles, ya sin el freno de su presencia, se entregaron, como era de temer, á sus pasiones, y exasperaron á los indios, quitándoles el oro que traían, é injuriándolos en sus mujeres. Caonabo habia tambien visto con impaciencia aquellos intrusos aborrecidos plantar sus estandartes en el corazón de las montañas que él mandaba, y sabia que nada le quedaba que esperar de ellos mas que venganza.

Mas no hicieron grande efecto en el ánimo de Colon aquellas nuevas. Por lo que habia experimentado del carácter indio, tenia en poquísimo su hostilidad. Eran débiles, temerosos de los blancos, y sobre todo miraban con terror los caballos, imaginándolos fieras obedientes á los españoles, prontas á devorar á sus enemigos. Se contentó pues con enviar á Margarite un refuerzo de veinte soldados, algunas provisiones, y treinta hombres mas que abriesen un camino entre el puerto y la fortaleza.

Lo que á Colon daba verdadera y profunda inquietud, eran las enfermedades, el descontento y el abatimiento que se desarrollaban en la colonia. Los mismos principios de calor y humedad que fecundizaban los campos, eran fatales á las gentes. Las exhalaciones de los pantanos y lagunas y vastas florestas circunvecinas, y la acción de un sol abrasador en aquel suelo vaporoso, produjeron fiebres intermitentes, y otras enfermedades muy peligrosas para las constituciones europeas en los incultos países de los trópicos. Muchos españoles sufrían los tormentos de una enfermedad hasta entonces desconocida, castigo de su licencioso trato con las hembras indias. Así, los mas de los colonos, ó estaban del todo enfermos, ó en suma postracion. Pronto se concluyeron las medicinas, y hacían grandísima falta, no solo estas, sino la cuidadosa asistencia, quizá mas importante

para el enfermo que los mismos medicamentos. Los que estaban buenos, ó se ocupaban en las labores públicas, ó en suplir sus propias necesidades; teniendo que ejecutar cada uno el trabajo menial que necesitaba hasta para el guiso de sus provisiones. Las obras públicas desmayaban mucho en consecuencia, y era imposible cultivar la tierra lo bastante para que sazonzase los frutos. Empezaban tambien á faltar provisiones, por haberse echado á perder muchas á bordo, y corrompíose otras en tierra con la humedad y el calor. Parecía imposible habituar á los colonos á los alimentos indios, y en sus enfermedades requerían aquellos á que estaban acostumbrados. Para evitar una hambre absoluta, fue necesario poner la gente á corta ración, hasta de las dañadas y malsanas provisiones restantes. Esta medida causó ruidosas murmuraciones, en que tomaron activa parte algunas de las principales personas, que debían haber defendido las providencias de Colon: entre estas se contaba el padre Boil, fraile tan turbulento como astuto. Se habia irritado, dicen, por la rígida imparcialidad de Colon, que no hizo en sus órdenes distinciones de rangos ni personas, y puso al padre y su familia á media ración como el resto de la comunidad.

En medio del general descontento comenzó á escasear el pan. La harina se habia acabado, y no se podia moler el trigo mas que por el fatigoso é insuficiente medio de los molinos de mano. Era, pues, necesaria la inmediata erección de un molino, y se precisaban ademas otras obras no menos importantes para el procomunal. Muchos de los trabajadores estaban enfermos; algunos aparentaban mas mal del que sufrían; pues repugnaba generalmente todo trabajo que no daba inmediata riqueza. En esta situación quiso valerse Colon de todas las personas robustas; y como los caballeros y hombres de suposición consumían los comestibles al par de la gente ordinaria, se les llamó á que contribuyesen al trabajo comun. Se consideró esta medida como una degradación cruel por muchos hidalgos jóvenes de ilustre linaje y altivo espíritu, y rehusaron someterse á ella. Pero era Colon estricto observador de la disciplina, y sintió la conveniencia de hacer respetar su autoridad: se valió de medios compulsivos, obligándolos á la obediencia. Esta fue otra causa de la enconada y duradera hostilidad que muchos formaron contra él. Excitó su conducta la indignación de los principales personajes de la colonia, y le atrajo el resentimiento de muchas familias distinguidas de España. Se decia de él que era un extranjerito arrogante, levantado del polvo de la tierra, enorgullecido con la adquisición repentina del poder, solo atento á adquirir caudales y grandeza, dispuesto á hollar la dignidad de la caballería española, y á insultar en fin el honor de la nación.

Pudo haber sido Colon demasiado estricto y severo en sus órdenes. Hay casos en que hasta la justicia llega á ser opresiva, y en que se ha de templar con la indulgencia el rigor de las circunstancias. El mero trabajo de un hombre ordinario le consideraba el gentil-hombre como humillador. Los mas de aquellos jóvenes no habian ido á buscar riquezas á las Indias, sino que, inspirados por ideas fantásticas ó novelescas, esperaban sin duda distinguirse en proezas heroicas y aventuras caballerescas, y continuar la carrera de las armas, comenzada con tanto esplendor en los campos granadinos. Otros se habian educado en la opulencia, en el seno de las mas distinguidas familias, y eran poco á propósito para los rudos peligros del mar, las fatigas de tierra, y la esposición y privaciones consiguientes á una colonia acabada de formar en el desierto. Cuando caían malos, pronto se hacia su enfermedad incurable. La tristeza y el abatimiento aumentaban los desórdenes físicos. Padeían la irritación del herido orgullo, y la mórbida

melancolía de las engañadas esperanzas; estaban sus lechos faltos de la ternura, cuidados y atenciones que los hubieran cercado en España; y caían en la huesa, maldiciendo el dia en que abandonaron su patria.

El venerable Las-Casas y Herrera, despues de él, recuerdan con mucha solemnidad una creencia popular generalizada en la isla al tiempo de su residencia en ella, y relativa á la prematura muerte de aquellos caballeros.

En los años posteriores, cuando la capital de la colonia tuvo que mudarse de Isabela, por lo malo de su situación, no tardó en arruinarse la ciudad y quedar del todo abandonada. En el discurso de los tiempos se convirtió, como otros lugares desiertos y ruinosos, en objeto de superstición y terror para el populacho, y no habia quien se atreviese á llegar á sus puertas. Los que pasaban por cerca de ellas, ó andaban á caza de cerdos silvestres, muy abundantes en los alrededores, afirmaban que de noche y de dia resonaban trístimas voces dentro de las murallas. Los labradores no osaban, por eso, cultivar los campos adyacentes. Decía la historia recibida, añade Las-Casas, que dos españoles atravesaban por acaso un dia los derruidos edificios de la ciudad; al entrar por una de sus solitarias calles, vieron dos líneas de hombres que mostraban por su porte magestuoso ser hidalgos, de sangre noble, y caballeros de la corte. Estaban ricamente vestidos á la española antigua, con estocques á la cintura, y sombreros anchos de camino, como se usaban en aquel tiempo. Los dos españoles extraviados se admiraron de ver tantas personas de aquella apariencia y rango, desconocidas en la isla, y viviendo en aquel desolado sitio. Saludaron, pues, respetuosamente á los hidalgos, y les preguntaron cuándo y de dónde habian venido. Los caballeros conservaron un siniestro silencio; pero cortesmente volvieron el saludo, quitándose los sombreros, y pegadas á ellos tambien las cabezas, de modo que quedaron los cuerpos decapitados. Inmediatamente despues se desvanecieron todos. Tan grande fue la sorpresa y horror de los dos espectadores, que estuvieron á punto de morir, y no pudieron recobrarle en muchos dias.

Esta leyenda bosqueja bien el carácter supersticioso de aquel siglo, y especialmente de los compañeros de Colon. Tambien prueba la impresion profunda y tenebrosa que causó en el ánimo de la gente comun la muerte de aquellos caballeros, la cual ayudó mucho á aumentar la impopularidad del Almirante; pues se dijo, tan gratuita como falsamente, que él los habia seducido y arrancado de sus casas con engañosas promesas, sacrificándolos inhumanamente á sus particulares fines.

#### CAPITULO XII.

DISTRIBUCION DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS EN EL INTERIOR. — PREPARATIVOS PARA UN VIAJE A CUBA.

(1494.)

El general y creciente descontento de la población de Isabela, y el rápido consumo de las cortas provisiones que quedaban, eran motivos de la mayor inquietud para Colon. Deseaba hacer otro viaje de descubrimientos; pero no podia verificarlo sin asegurar la tranquilidad de la isla. Determinó por lo tanto enviar al interior toda la gente que pudiese sacar de Isabela, con orden de visitar los territorios de los diferentes caciques, y de explorar la isla. Esto los animaría, acostumbrándolos tambien al clima y alimentos de los naturales; y presentando tal fuerza en la isla, que ni Caonabo, ni ningun otro cacique osara en adelante continuar las tramas hostiles que podían haber comenzado. Con arreglo á este plan, todas las personas sanas, no indispensables para cuidar de la